

Los pobres de los sábados

LOS pobres de pedir los sábados en Alcázar, no eran mendigos, sino personas ennoblecidas por el trabajo y los afanes de toda la vida, que si bien no les había proporcionado lo necesario para los últimos días, les había dejado en cambio un hábito de honestidad que aureoleaba su vejez.

Estos pobres, no tenían que exhibir ninguna clase de lacras, su deseo era precisamente el contrario, el de ocultarlas, hasta el punto de que se aseaban y ponían curiosos para salir a por la limosna, detalle que era apreciado por el pueblo que exteriorizaba su simpatía y su magnanimidad hacia los más cuidadosos, citándolos en las casas con encomio; «hay que ver la hermana «Sorda», decía la Gumersinda la «Calderera», qué relimpia viene siempre, hasta los alpargates trae cosidos»; y le daba otra perrilla y una chambrá.

El vecindario atendió suficientemente esta necesidad, según las circunstancias de cada momento y no se recuerdan desgracias sobrevenidas por incumplimiento de este deber colectivo. Todos los impedidos, bien por la edad o defectos físicos, volvían los sábados a su casa con lo necesario para la semana, sin perjuicio de volver a salir los jueves a las casas más adictas

para cada cual. El recuerdo de los pobres estaba y está presente siempre en las decisiones de muchos alcazareños, signo de confraternidad de que no en todas partes pueden vanagloriarse y que no se mantenía en meras apariencias, sino que establecía delicados lazos afectivos en virtud de los cuales se echaba de menos a las personas que se tenía costumbre de atender y se inquiría su suerte, preguntando a otros si se ignoraba su domicilio: ¿Le ha pasado algo a la hermana Blasa, que no vino la otra semana?

Echarse oír al sábado, se hacía al final de la vida y no siempre por necesidad absoluta, sino por hacer algo y para ayudar a los hijos, si bien la preferencia de todos era a vivir solos.

En los grupos que formaban en las puertas, se gruñía y se criticaba, sacándose a relucir las faltas, poniendo en su punto la verdadera necesidad, con general alarde de la pordiosería, que era común en Alcázar, y no exclusiva de los pobres de los sábados; la quejumbrosería que era uno de nuestros hábitos internos más arraigados, debajo del vestido bien zurcido y limpio; la costumbre de llorar, impuesta por la vida dura a través de las edades en la tierra áspera que nos sirvió de cuna.

¿Será superstición, pero... ¡a ver quién se atreve!

CEFERINO y Juan José Tapia, separaron sus negocios.

Ceferino anunció un premio para el primer comprador, pero como la tienda tenía dos puertas, por una, entró una mujer—la «Capacha», hermana del que hacía lápidas—y por la otra, el «Cojo de la Carne», pues vivía cerca; su cuarto estaba en la casa de la «Botona», donde hizo después la suya Gaspar Santos y hoy vive Esteban Vela.

La «Capacha» compró lienzo moreno para un zurrón de los de espigar, pues era su tiempo. Le dieron de regalo medio metro de retor, diez pesetas y un pañuelo de seda.

Pedro se compró un sombrero y se quedó sin regalo, porque Ceferino, muy calmosamente, pensó que no le convenía empezar el negocio con tan mala pata. Falta de vista, porque Pedro, es cojo, pero mala pata no la ha tenido nunca.

Ceferino se dejaba caer y en una ocasión expresó su extrañeza porque los Gobiernos no tomaron alguna medida contra eso de los volcanes...